

¡Un jovencito de catorce años!.. Si alguien se lo hubiese dicho á Iris, la habría hecho soltar una de sus carcajadas frescas y sonoras, que dejaban embelesado con la boca abierta á su pequeño esclavo.

XIV

Riconovaldo, más ofendido que enojado de la indiferencia de Cándida, seguía sintiendo en su interior un insoportable roedor, y meditaba el modo de vencerla y hasta de intentar irritarla, ya que no por otra cosa, por hacerse detestar á cara descubierta, con tal que ella dejase de observar su estudiada conducta de portarse con él como si no existiera. Con razón dice Leopardi que los hombres toleran el odio y á veces se jactan de inspirarlo, pero á la menor señal ó sospecha de indiferencia que observen, pocos hay tan fuertes que permanezcan en actitud pasiva y no apelen á todos los medios para librarse de ella, aun descendiendo, si es menester, á las acciones más viles. Más que á otros debía suceder esto á Riconovaldo, que aparte de su natural sospecha de que le tomaran por una cabeza estrecha y un alma vacía, tenía el orgullo de su belleza y veía que ni siquiera se le miraba.

En vista de que también se había frustrado su tentativa oratoria, se persuadió de que era cierto lo que Iris le había dicho acerca de Cándida, esto es, que bajo su apariencia modesta y humilde ocultase vanidad y pretensiones, lo que sucede más á menudo á los que menos derecho tienen para ello y menos lo dan á entender. Por esto pensó en escoger otro camino y también comenzó á fingirse indiferente; pero Cándida se mostraba cada vez más fría, y tuvo que desistir de su propósito. Entonces se puso furioso de veras y fué aún más allá; empezó á za-

herirla, hablando á su hermana, con toda clase de alusiones puerilmente malignas. Un día que Cándida estaba presente, su hermana le preguntó cómo era que no volvía á casarse una señora viuda conocida suya.

— ¿Cómo quieres que vuelva á casarse esa mujer de cartón-piedra?, contestó Riconovaldo. Ni siquiera echa de ver que no tiene ya marido; es una de esas mujeres que viven fuera de las leyes de la naturaleza, y hablando con propiedad, ni siquiera es una mujer. Para merecer el nombre de tal, no basta tener la forma; es preciso tener también el alma, los afectos, las tendencias, y la que no posee todo esto no es una mujer, como no son mujeres las muñecas, las momias, las estatuas y los trajes hechos que en las tiendas de telas se ven colgados en perchas.

Pero Cándida seguía inalterable; no hacía un ademán de resentimiento, ni una señal de impaciencia; se mostraba indiferente é impasible como una piedra; y tanto que á veces Iris, despechada á su vez al ver aquella frialdad, agregaba sus agujonazos á los de su hermano y era una aliada formidable. Riconovaldo, resentido hasta el punto de morderse los dedos y aferrado cada vez más á su propósito, cambió otra vez de proceder. Suavizándose poco á poco, fingiendo arrepentirse, ó arrepintiéndose de veras, de su conducta maligna y descortés para con Cándida, empezó á hacerle la corte como él sabía hacerla, con gracia y delicadeza: primero, de vez en cuando, tímido; luego abiertamente, con calor y suavidad, á veces casi suplicante. Pero Cándida parecía hacer tan poco caso de su dulzura como antes lo había hecho de su malignidad.

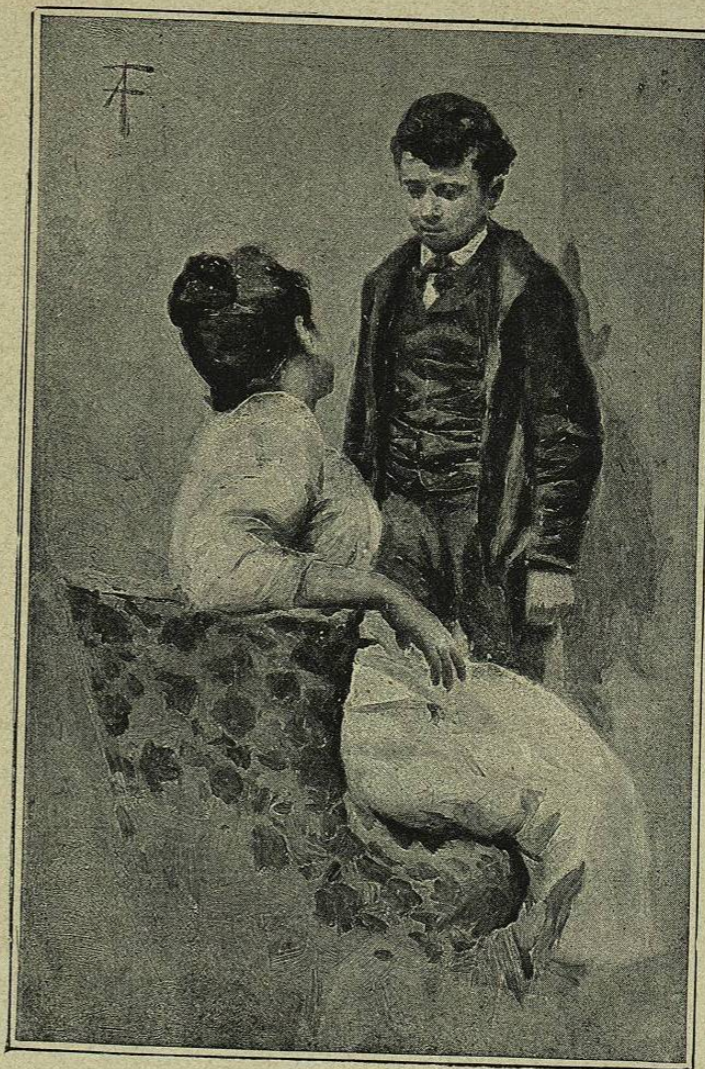
Riconovaldo, desesperado de conseguir su propósito, herido en lo más vivo de su amor propio, encolerizado, quiso vengarse echando la cosa á broma, y siguió haciendo la corte á Cándida como la habría hecho á una vieja de setenta años

por divertir á los amigos, con ciertas galanterías, ciertas entonaciones, ciertos modales grotescos que le hubieran estado bien vestido de abate antiguo. Al mismo tiempo se echó á la espalda todos los preceptos de urbanidad del Tommaseo, el cual dice que en presencia de las jóvenes no se deben adoptar actitudes desgarbadas, ni esperezarse con indolencia, ni acercarse á ellas tanto que perciban el aliento, y cosas por el estilo. Pero Cándida se hacía siempre atrás, ó volvía la cabeza y las espaldas, ó se levantaba y se marchaba.

Un día le presentó un ramo de flores marchitas y sin olor; aquella vez ella frunció el ceño y se puso encarnada; pero de pronto se recobró, y sin hacer ningún ademán de desprecio ó de despecho, dejó el ramo en un rincón.

Así pasaban los días y Riconovaldo se emperraba cada vez más, aunque no sin comprender en ocasiones, cuando la pasión callaba, que obraba mal y que su conducta era pueril y villana. Entonces experimentaba por aquella pobre joven tal sentimiento de compasión, que casi estaba por correr á pedirle perdón; mas en cuanto la veía tan rígida y seria, desaparecía el arrepentimiento y se le alteraba la bilis más que nunca.

Entretanto Iris seguía divirtiéndose con Furio todos los días, como aquel del paseo por el jardín. Habían llegado á adquirir cierta mutua familiaridad: Furio tenía un poco más de soltura; era feliz; Iris le mandaba como á un pajecillo, le obligaba á hacer muchas cosas en su servicio y le tenía todo el día á su disposición. «¡Furio!» gritaba, y al punto se oía un «¡Aquí estoy!» alegre y vibrante y un paso precipitado, y Furio se presentaba ante ella jadeante y colorado. Cuantos más ratos pasaba con él, más curioso y extraño lo encontraba Iris, de suerte que no acertaba á comprender á qué venían ciertas mudanzas de color y de humor, que la divertían; veía que en



Furio se presentaba ante ella jadeante y colorado

el fondo era bueno y complaciente y le iba cobrando afecto. Pero eso de estar siempre en contacto con él, con aquella cara, aquellos ojos, aquel bendito vestido, aquella indolente libertad de modales, era una desdicha.

XV

En la fachada de la quinta y á la altura del primer piso había un largo terradito al cual daban las ventanas del cuarto de Furio; á la izquierda, las del cuarto de Iris, y á la derecha, en medio, las del padre. Delante de la última ventana de Iris, en el ángulo, había cuatro ó cinco grandes macetas y un buen pedazo de la baranda estaba cubierto por las hojas altas de una parra plantada en el jardín. Era un rincón lleno de follaje, en el cual no penetraba ningún rayo de luz: cualquier persona se habría podido esconder en él sin que la vieran desde el jardín ni desde las ventanas.

Cierta noche Furio se había acostado, mientras los demás seguían conversando abajo; mas á las dos horas de sueño se despertó sofocado de calor, y se asomó á la ventana medio vestido para respirar el aire fresco de la noche. Estaba ésta serena y tan clara que parecía de día. Los árboles del jardín, alumbrados por la luz de la luna, aparecían distintos, hoja por hoja, hasta los más lejanos, como si los iluminara el sol. Al aspecto de aquella esplendorosa paz del cielo, Furio sintió que le invadía el corazón una dulce melancolía; miró detenidamente el jardín, los remotos senderos, las cabañas diseminadas, los collados; luego se cruzó de brazos sobre el antepecho de la ventana, bajó la cabeza y así pasó un rato.

Cuando salió de su ensimismamiento, creyó que era muy tarde y que todos dormían. Como empujado por una mano

misteriosa, saltó por la ventana y echó á andar por el terrado. De pronto vió que estaba junto á la ventana del cuarto de Iris y le corrió un escalofrío de pies á cabeza: tuvo miedo. Las ventanas estaban abiertas y el cuarto á oscuras; creyó que ella dormía ya, le pareció oír su respiración, sintió que le subía una llamarada á la cabeza y quiso retroceder... Pero no se atrevió: habría podido hacer ruido y despertarla; estaba muy cerca de las flores, se sentó y se escondió. En esto sintió rumor de voces que partían del comedor, y se le heló la sangre. La familia no se había recogido aún; entonces iban á acostarse, se daban las buenas noches: ¿qué hacer? ¿Volverse á la cama? ¿Exponerse á que lo descubrieran? No, imposible; se detuvo allí y permaneció callado. Le latía con fuerza el corazón. Un minuto después oyó un paso ligero que subía por la escalera; se abrieron y cerraron una tras otra dos ó tres puertas cada vez más próximas; brilló una luz, abrióse la última puerta, Iris entró en su cuarto, dejó el candelero en el velador y se asomó á la ventana. Furio contuvo la respiración y se oprimió con una mano el corazón por temor de que ella lo oyera latir.

Iris estaba allí; cerca de él; si alargaba un brazo, la habría tocado; percibía su perfume, veía confusamente su blanco vestido. «¡Oh, vete, por caridad!» decía el muchacho entre sí.

Iris se retiró de la ventana tarareando una canción, callóse, volvió á cantar, iba y venía por el cuarto, se acercó otra vez á la ventana, metióse dentro, murmurando algunas palabras...

En tanto se levantó una brisa que difundió en torno un delicioso olor de jardín. Las hojas de la parra y de las flores se agitaron produciendo un susurro armonioso, tierno, suplicante,

que parecía decir: «¡Iris, Iris, Iris!» Y toda la campiña calla y la luna resplandece.

Furio pasó un rato inmóvil con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Luego se le fueron aflojando poco á poco las piernas, inclinó á un lado la cabeza, se tendió en el suelo y se durmió.

«¡Qué cabeza la mía! También esta noche me he olvidado de cerrar la ventana,» dijo Iris, y se bajó de la cama y se acercó á la ventana. «¡Qué buen olor de flores!» exclamó respirando el aire puro y apoyándose en el antepecho. De pronto se hizo atrás dando un leve grito. «¿Qué es eso, Dios mío?» Se acercó otra vez á la ventana, aplicó el oído y percibió una respiración. Tuvo entonces el valor del miedo, se asomó y miró. «¡Qué ve! ¡Es Furio! ¡Si se habrá desmayado!» Se vistió con presteza, salió á la carrera, llegó de puntillas al rincón del terrado y se bajó á contemplar al niño. Desde la cintura arriba le daba de lleno la luz de la luna; tenía los cabellos en desorden, la boca medio abierta y las mejillas húmedas aún de llanto. «Está durmiendo, dijo Iris después de mirarlo con atención; parece que ha llorado.» Entonces le enjugó las lágrimas: poco á poco alargó el brazo para cogerle el pañuelo que tenía sujeto sobre el pecho con una mano abierta como quien aprieta algo contra el corazón; lo tomó y lo miró. ¡Cómo! ¡Su pañuelo, el que creía haber perdido! Se quedó un rato pensativa y luego exclamó: «Pero ¿será posible?» Pasó algunos minutos inmóvil mirando á Furio que seguía dormido; después se volvió lentamente á su cuarto, se asomó á la ventana, dejó caer el pañuelo y cerró.

Furio se despertó, miró alrededor y le pareció de nuevo que las hojas de la parra y de las flores, agitadas por el viento, le decían al oído: «Iris, Iris, Iris.»

XVI

A una mujer que hubiese tenido un poco de seso, la escena de aquella noche le habría bastado para que lo comprendiera todo, y aun haciéndoselo solamente sospechar, la habría inducido á variar de conducta con el muchacho. Pero Iris era tan ligera que la curiosidad pudo en ella más que la prudencia. Ni siquiera supo reprimir un sentimiento de complacencia vanidosa surgida en su corazón con tanta viveza que no la permitió reflexionar que ese sentimiento era culpable y peligroso. No era que pudiese tomar por lo serio el amor de Furio; pero la mujer tiene á gala estimular á quien la ama, y era muy natural que así lo hiciera Iris, que era caprichosa y muy vana. Además, aquello la divertía; alargarle la mano y verle ruborizarse; apoyar un brazo en el suyo y sentir que se estremecía; decirle «¡querido!» y ver cómo brillaban sus ojos; tener á su disposición un jovencito del cual podía hacer lo que quería con una mirada, era una cosa amena. Tenía mil disculpas para tranquilizar su conciencia: ¿no era justo querer un poco y demostrárselo á aquel pobre niño descuidado y desdeñado? No se habría manifestado benévola y cariñosa con él con mal fin; tampoco habría podido pensar que de esto le resultara ningún mal; ante su conciencia no hacía otra cosa que ejercer un sentimiento de consoladora compasión, sentimiento maternal, irrepreensible; no debía saber nada de lo que pudiera sentir por ella aquel pobrecillo: ¿qué había que objetar á esto? Ahora se explicaba la extraña timidez, las turbaciones, los temblores, los sonrojos del muchacho. «¡Es en verdad cosa nueva y original, repetía á la mañana siguiente mientras bajaba por la escalera: ¡un niño de catorce años!., ¡mi cuñado!» Y reía.

XVII

Aquella mañana, Cándida, apenas se levantó, corrió presurosa en busca de Furio, se lo llevó al comedor y le dijo al oído:

— ¿Qué hacías anoche en el terradillo en el rincón de las flores?

Furio se sobresaltó y se puso encarnado.

— Furio, añadió Cándida con voz afectuosa, no vuelvas más allí.

El niño la miró fingiendo extrañeza.

— No vuelvas más, repitió Cándida, créeme, cree á tu hermana que te quiere; prométeme que no volverás...

— Pero ¿adónde?, preguntó Furio bajando la cabeza.

— Ya me entiendes; demasiado sabes lo que te quiero decir; no me mires así, haz lo que te digo; no me puedo explicar más; pero demasiado me entiendes; no pases tanto tiempo con Iris, no des más paseos con ella; estate aquí conmigo, escúchame...

— ¡Calla!, dijo vivamente el muchacho.

Iris entraba en aquel momento y fijó en Furio una mirada escudriñadora; y él, sobresaltado todavía por las palabras de su hermana, la miró del mismo modo para adivinar si había notado algo la noche pasada. Estuvieron así un rato mirándose uno á otro, hasta que Cándida, perdida ya la paciencia al ver que su cuñada tenía tan poco juicio, exclamó con acento de ligera reconvención:

— ¡Por Dios, Iris!

Pero de pronto le faltó el valor para proseguir y se marchó.

Iris, sin hacer caso de ella, se acercó lentamente al mucha-

cho, le puso las manos en los hombros, echó un poco atrás la cabeza y lo miró de hito en hito.

Furio, sin apartar de ella los ojos, pues parecía fascinado, se quitó poco á poco del hombro aquellas dos manos que le quemaban, y se tapó la cara con el brazo.

La actitud, la mirada, el rubor habían sido tales, que ya no dejaban lugar á duda, y por primera vez, que fué también la última, Iris tuvo un movimiento de prudencia; retiró á tiempo una mano que había extendido para hacer una compasiva caricia, y se marchó poco á poco sin volverse.

XVIII

Al mediodía, Furio estaba en el jardín sentado á la sombra de un árbol, conmovido todavía por la escena de la mañana.

Brillaba un sol ardiente y todo estaba en silencio, sin que se oyera ni el estridor de la cigarra, ni el canto de un pájaro, ni el vuelo de una mariposa, ni una voz, ni un movimiento cerca ni lejos; parecía que la naturaleza dormía. Entonces la campiña se anima con una vida fantástica, como si fuera de noche; se perciben rumores indefinidos como de prolongados gritos lejanos; soplos, roces, susurros, ora á mucha distancia, ora al oído, aquí, allí, no se sabe dónde, en todas partes. Parece que en el aire haya alguien ó algo que fluctúa y se agita, que se acerca y se aleja, que vuelve, se detiene y luego desaparece. De pronto se siente al lado el zumbido de un insecto; pasa y todo queda callado. Se experimenta una sacudida; miramos lo que es: ha caído una hoja. Aparece una lagartija, se para como si quisiera escuchar, y como asustada de aquel silencio, vuelve á meterse en su agujero. El campo

tiene un no sé qué de solemne y de triste como un mar solitario, y se baja la cabeza como por fuerza, mientras los ojos entornados vagan por los valles oscuros y por los sombríos ámbitos que la fantasía lánguida les representa entre las matas de hierba y los terrones del suelo. Sólo Furio velaba á aquella hora. El viejo empleado dormía en su cuarto, tendido en la cama boca arriba, con la frente bañada de sudor y un enjambre de moscas en la nariz; la tía, dejada á un lado su calceta, dormitaba también en su silla, muy tiesa, con los brazos cruzados como un ídolo y los labios salientes en actitud de desdén.

Furio no había visto á Iris hacía más de dos horas y no sabía dónde estaba. Se levantó y se puso á dar vueltas por el jardín, el cual era muy grande y todo él plantado de árboles espesos como un bosque. Miraba á lo lejos de tronco en tronco si por alguna parte blanqueaba un vestido de mujer, cuando fijó la vista en unas cuantas hojas de rosa esparcidas sobre la hierba. Más allá, á poca distancia, había otras, y así continuaba una larga faja de color de rosa hasta perderse de vista. Furio siguió aquel rastro, anduvo un rato en línea recta, torció á la derecha, luego á la izquierda, dió vueltas y más vueltas, llegó al fondo del jardín; de pronto ya no vió más hojas, echó una ojeada alrededor y prorrumpió en una exclamación de sorpresa. Iris, tendida sobre la hierba, al pie de un árbol, estaba durmiendo. Mejor dicho, fingía dormir.

Furio se quedó mirándola con la boca abierta, á siete ú ocho pasos de ella. Vestida de blanco y rodeada de follaje verde oscuro, se destacaba como un cisne en la herbosa orilla de un lago. Estaba tendida como en un lecho, apoyada la cabeza en un brazo desnudo y el otro extendido al costado y con los pies descubiertos. Tenía la cara vuelta hacia donde es-